

www.elboomeran.com

EL ESPEJO BLANCO



Andreu Navarra

EL ESPEJO BLANCO

Viajeros españoles en la URSS

fórcola

Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Imagen de cubierta:

Celebración del Primero de Mayo de 1929 en la Plaza Roja de Moscú.

© Andreu Navarra, 2016

© Fórcola Ediciones, 2016

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M- 33296-2016

ISBN: 978-84-16247-77-6

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

Agradecimientos	9
Introducción	11
I. Liberales y regeneracionistas	27
II. Revolucionarios en busca de sí mismos	69
III. Socialistas y republicanos: la respuesta humanística	103
IV. La odisea catalana	159
V. Cainismo entre camaradas	193
VI. Los cachorros de franco	263
VII. Tras la helada	289
Bibliografía	305
Índice onomástico	321

Como un sueño. Pronto hará un año.
¿Será cierto que yo estuve en Petersburgo?

LUIS AMADO BLANCO,
8 días en Leningrado (1932)

Hay un refrán ruso que dice: «En Rusia, el extranjero,
a los cuatro años empieza a enterarse; a los ocho, cree
estar ya en posesión de la verdad; a los doce...
se convence de que no sabe nada».

LUIS HOYOS CASCÓN,
El meridiano de Moscú (1933)

¿Qué saldría de la confrontación entre la creencia ideal
y el contacto con la realidad?

JULIÁN GORKIN,
El revolucionario profesional (1975)

AGRADECIMIENTOS

Este libro es para Javier Jiménez «Fórcola», por el entusiasmo que mostró por este proyecto, y por el mimo ejemplar con que lo ha cuidado. Para Albert Lázaro Tínavut, quien lo apoyó por primera vez. Para Jordi Amat, por sus generosos chivatazos. A Betsabé García y Roger Sempere Roig, por su ayuda relacionada con Montserrat Roig. A mi hijo Adrià, por cuidarme y por estar orgulloso de mí. Finalmente, al personal siempre atento de la Biblioteca Nacional de Madrid, Biblioteca Nacional de Catalunya y Pavelló República de la Universitat de Barcelona, en cuyos espacios se ha desarrollado la presente investigación. También dedico este libro a quienes, para su desgracia, por un motivo u otro, han tenido que aguantar una de mis obsesiones más pertinentes. Gracias por vuestra comprensión.

La soviétización de los gustos estéticos y las tendencias ideológicas en la España revolucionaria y de izquierdas no es un fenómeno que pueda encajarse en un período concreto y estrecho. En esa España inquieta del siglo XIX, está el origen de un proceso que fue *in crescendo* y que culminó durante los años de la Segunda República y la Guerra Civil.

A partir de la primera mitad del siglo XIX, lo que tenemos son unas primeras y maravilladas incursiones en un reino totalmente remoto y casi inalcanzable, pero que, sin embargo, dio lugar a un número nada despreciable de literatura de viajes que podemos considerar pionera en la exploración del coloso asiático.

Luis Morote, el escritor republicano y regeneracionista, acude a Rusia en 1904 con el propósito de observar las fatales repercusiones que se derivan de las políticas gubernamentales represivas. Antes que Morote, sin embargo, destacan entre una rica producción de literatura de viajes las aportaciones de Juan Valera, por sus dotes de escritor, y Julián Juderías, que ofreció un disciplinado y completo retrato de la sociedad rusa.

Juderías legó un diario de viaje que escribió entre Leipzig y Odesa, fechado en 1901, y también un curioso folleto titulado *El obrero y la clase obrera en Rusia*, que publicó la *Gaceta de Madrid* el 24 de junio de 1903. Volvió a España en diciembre de ese mismo año, a punto de tomar posesión de su plaza de intérprete de tercera clase (Cortés, 2010: 189-190).

La visión de Rusia como un espacio regenerado por un poderoso impulso modernizador, el de la cúpula urbana bolchevique, no es ajeno a las experiencias de viajeros ya muy alejados de los años ochenta y noventa del siglo XIX. En efecto, comprobaremos

como escritores e ideólogos tan dispares como Josep Pla, Andreu Nin o Joaquín Maurín desembarcaron en Moscú impregnados de cultura regeneracionista, sobre la que construyeron su ideario posterior. Infinidad de escritores y periodistas españoles, en cambio, tronaban contra la revolución de 1917 y le atribuían rasgos apocalípticos. Algunos de ellos figuraban en el regeneracionismo de extrema derecha, como Ramiro de Maeztu, Manuel Bueno o José María Salaverría, que llenaron los periódicos de furibundas diatribas, pero otros críticos eran demócratas convencidos que detestaban el «maximalismo», como el líder nacionalista catalán Antoni Rovira i Virgili. Como prototipo de libro antibolchevista de la tendencia apocalíptica, podríamos citar el truculento *Rusia. Espejo saludable para uso de pobres y de ricos*, que Rafael Calleja publicó en 1920 para demostrar que la vida de todo el mundo, tanto la de los ricos como la de los pobres, peligraba si se extendía por Europa la ideología comunista. Calleja advertía de que «ante el bolchevismo, lo peor, lo más intolerable, lo más inepto, lo más suicida, es la actitud que toman en España muchas gentes: encogerse de hombros, volver la espalda, desentenderse de esos acontecimientos alegando que están muy lejos geográfica y políticamente de nosotros; que son planta exótica en nuestro país, no destrozado por la guerra» (1920: 114). Pero no todos se encogerían de hombros, y pronto llegaría también la guerra.

La crisis de 1917 había hecho tambalear las instituciones del Estado, y es durante los años siguientes cuando se producen los primeros posicionamientos miméticos. Hay liberales que, siguiendo la estela de Morote, justifican la ola revolucionaria rusa como una necesaria e inevitable renovación. Por ejemplo, el ex ministro de Fomento liberal Rafael Gasset escribe en *La humanidad insumisa* (1920) que «la organización social que heredamos no la podremos legar. Esta generación ha de cambiarla presta y radicalmente, si no quiere presenciar cómo se destroza en sus manos y cómo se desploma a sus pies. La supervivencia de situaciones generales caracterizadas por inequitativas, perennes angustias, y en choque rudo con el espíritu igualitario de la época (en cuanto la igualdad es asequible), exalta y enardece las pasiones, guiándolas al extremismo sin freno» (1920: 252). La tesis resultaba clara: o

el sistema político se reformaba a fondo, o una ruptura revolucionaria como la soviética lo trituraría todo. Se trata del fenómeno que Fernando de los Ríos describió en Estonia: «El problema de la tierra ha sido acometido en este pueblo con más audacia que en ningún otro Estado capitalista. Ante el peligro de contagio bolchevique se han apresurado a satisfacer el hambre de tierra de los campesinos procediendo al reparto de los latifundios» (1970: 44). La izquierda española confiaba en que el peligro revolucionario acelerara algo las reformas estructurales de las naciones liberales, en un sentido nivelador y corrector.

La verdad es que, ante la deriva «maximalista» de octubre de 1917, la prensa reaccionó muy alarmada. Por un lado, la conservadora se llenó de augurios apocalípticos, pero la liberal tendió a defender a Kérenski y a atacar sin tregua el nuevo orden revolucionario. Por ejemplo, *El Sol* reproducía, el 23 de noviembre de 1918, la conferencia que el político Minsky había dado en el Ateneo de Madrid. El presentador fue el célebre psiquiatra Luis Simarro. El titular es «Los bolchevikis han arruinado Rusia», y el contenido no puede estar más en desacuerdo con la política de Lenin, a quien se pinta como «un místico forrado de marxista místico». El texto denunciaba los atropellos cometidos contra obras artísticas, y acusaba a los bolcheviques de agravar la pobreza del país, confundiendo la explotación de clase con el genio creador.

Aunque hacía doce días que había terminado, con la firma de un armisticio, la Primera Guerra Mundial, se seguía considerando a la Rusia revolucionaria como una potencia germanófila. Sólo un día después se reproducía un texto aún más duro, firmado por el corresponsal Nikolai Tasin, que anunciaba «Los horrores del bolchevikismo». Se leía en él: «Los maximalistas quieren, a toda costa, introducir en la Rusia interna e iletrada el socialismo integral, aunque fuera preciso para ello exterminar a una mitad del pueblo y reducir a la más negra miseria a la otra mitad». Y concluía: «Sí; los maximalistas se encastillan en el Poder, como sus predecesores los zares».

A medida que se deterioraba la dictadura de Primo de Rivera, fue intensificándose la rusomanía entre los intelectuales

españoles. Paradójicamente, la imagen de la URSS mejoró en cuanto los viajeros socialistas empezaron a publicar sus diarios de viaje, en los que, sin embargo, se insistía en la condena del sistema soviético en general. La diferencia era que, paulatinamente, los escritores iban aceptando logros de la revolución, sobre todo en el ámbito educativo y cultural. La revolución de 1917 y la consolidación del régimen soviético se convirtieron en un auténtico modelo de transición al que innumerables autores acudieron para intentar trazar los nuevos caminos de la política española una vez se agotara definitivamente la monarquía.

En otras palabras, la URSS se convirtió en un modelo de regeneración. Condenable como ejemplo de dictadura, era, sin embargo, un ejemplo modelo de colonización interna y despertar cultural y económico. Si en los años veinte ya creció de manera desorbitada el número de viajeros españoles que se trasladaron a Moscú, Leningrado o Ucrania, en torno al año 1930, la rusofilia se convirtió en una auténtica fiebre. De hecho, esa misma fiebre ha acabado constituyendo un problema para el estudio de las relaciones culturales entre España y la Unión Soviética, puesto que la gran mayoría de estudios se centran en los tumultuosos años treinta, olvidándose de que la ola venía de antes, fundamentalmente de los años veinte, e incluso obviando que hay literatura de viajes sobre tema ruso, por lo menos, que sepamos, desde 1818, si nos limitamos al mundo contemporáneo.

A propósito de los años veinte, Cortés Arrese ha escrito: «Para entonces, el viaje a la URSS se había puesto de moda. La Rusia de los primeros años veinte es ahora una pesadilla para retrógrados. Ya no se corre ningún riesgo, el régimen está asentado y quiere, gustoso, recibir a nuevos viajeros. Se construyen algunos hoteles, se delimitan los circuitos turísticos y se crea un servicio de acogida, el *Intourist*. La visita se convierte en una demostración. Aunque el guía oficial se presenta como un obstáculo en el camino de los indisciplinados» (2010: 75). El comunismo se había consolidado: empezaba incluso a ser reconocido en el exterior.

La centralidad, la cresta de la ola, no cabe duda de que se sitúa entre 1917 y 1936. Rafael Cruz registró, entre el inicio de la revolución hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, un

total de casi 50 libros o series de artículos en prensa sobre viajes a la URSS (1997: 279); Juan Avilés consignó unos 60 libros sobre la nueva Rusia publicados entre 1917 y 1925, señalando que la mitad vieron la luz en 1920, y que consideraba como «libro» cualquier publicación de más de cien páginas (1999: 131); a su vez, Mayte Gómez registró algo menos de 40 títulos escritos por españoles entre 1925 y 1935 (2002: 81). Con razón, en 1929, Rodolfo Llopis escribía: «Yo me había prometido a mí mismo no escribir ningún libro acerca de Rusia. ¡Un libro más sobre Rusia! ¡Qué horror!» (1929: 10). Ante semejante inmensidad, y teniendo en cuenta que la tarea de registrar y antologar ya fue realizada por Pablo Sanz (1995) y Cortés Arrese (2005), lo que se imponía era una visión de conjunto, la que tratará de presentar este libro. Una visión que atendiera no tanto a la lista de viajeros como a la naturaleza y contenido de los libros que escribieron, prestando más atención a los textos que al inventario de nombres. Y teniendo en cuenta, además, que para una panorámica que incluyera los años de posguerra, resultaba imposible un registro total de las narraciones de quienes viajaron o vivieron en la Unión Soviética, puesto que a partir de 1937 pasaron a ser centenares, e incluso miles. Los itinerarios personales, tras la diáspora posterior a 1939, dejan paso a la descripción colectiva de la emigración y sus significados culturales y políticos.

Como ha escrito María Isabel Cintas Guillén, «en el mes de diciembre de 1930 había en la cartelera española abundancia de representaciones de asunto ruso, nada menos que tres en el Teatro Calderón de Madrid. Cuando llegaron a la capital los rumores del fracaso del levantamiento de Jaca contra la monarquía, Manuel Azaña, miembro del comité revolucionario y firmante del manifiesto desde el que se llamaba a la revolución, se hallaba en el propio Teatro Calderón asistiendo a una representación de *Borís Godunov*, de Músorgski, de donde tuvo que huir de la policía» (2010: 9); más adelante, añade Cintas: «Las ‘romerías a Rusia’, como las llamaba Giménez Caballero, fueron algo habitual en la España de 1920 y 1930. La gente que visitaba aquel país, que no se podía visitar libremente sino que era mostrado por los dirigentes oficiales, volvía contando maravillas de la eficacia de la

revolución. El país, los sóviets, los bolcheviques, con sus modos de vida tan opuestos al capitalismo, movieron al viaje de exaltación a no pocos periodistas, escritores, políticos e intelectuales europeos (Joseph Roth, John Reed, Henri Barbusse, André Gide, H.G. Wells, Tagore, Arthur Koestler...) y españoles (Ángel Pestaña, Ramón J. Sender, Julián Zugazagoitia, Rodrigo Soriano, Fernando de los Ríos, Dolores Ibárruri, Eduardo Torralba Beci, Josep Pla, León Villanúa, Miguel Hernández, Pedro de Répide, Andrés Martínez de León, Isidoro Acevedo, Margarita Nelken, entre otros), que a su vuelta servían la información en sus relatos. No menos eficaz fue la labor de Ediciones Europa-América, encargadas de divulgar los éxitos y las obras de escritores soviéticos: Turguénev, Chéjov, Korolenko, Dostoievski, Gorki, Kuprín, Tolstói (ya traducido desde 1905); de 1928 a 1930 otras editoriales de signo izquierdista como Cenit, Zeus y Oriente ofrecieron traducciones de Ehrenburg, Fedin, Gladkov, Leonov, Katáyev, Ivánov, etc. Por no hablar de la especial presencia que tuvo el tema ruso en las colecciones de relatos breves tituladas *La novela política*, *La novela roja* y *La novela proletaria*, literatura de quiosco tan del gusto del gran público» (Cintas, 2010: 11-12). Habría que añadir a estas colecciones de cultura ruso-soviética las que produjeron obras españolas de tema ruso o comunista, como la colección Aster, en la que Chaves Nogales, precisamente en 1930, editó *La bolchevique enamorada*, y la colección de ensayo de la editorial España, que publicó, ya en período republicano, los valiosos diarios de viaje de Rodolfo Llopis y Julián Zugazagoitia.

Sin embargo, el interés por el desenlace de la guerra civil rusa y la implantación definitiva del sistema comunista, sancionada por la Constitución de 1922, son anteriores a la llegada al poder de Primo de Rivera. El interés existía desde 1917, porque, como ha expresado con acierto Jordi Amat, «esta atención se producía en un contexto histórico determinado: los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, en plena posguerra. Después de la hecatombe en Europa nació el deseo de la fundación de un orden normal nuevo. No es extraño, por lo tanto, que Rusia se mirara con interés: era un país en el cual se intentaba construir la utopía

que el marxismo teorizaba sobre el papel» (2011: 162). Por esta razón, más allá de si uno simpatizaba o no con las izquierdas revolucionarias, la Unión Soviética era la única realidad original que acertaba a construir algo novedoso en un contexto de ruina y agotamiento extremos.

Miguel de Unamuno cargó contra la izquierda soviética en su artículo «Ateología», publicado en la revista *España* el 21 de abril de 1923. En él denunció la rusofilia presentándola como un papanatismo religioso, una anticreencia dogmática que había entronizado a Lenin, a su vez entronizado por una nueva idolatría religiosa. Unamuno escribió: «Aquí, en España, el ídolo de los ateólogos comunistas es la misma Rusia convertida en entidad mística. Hay ateólogo comunista de los nuestros que se ha ido a Rusia sin saber ruso, ¿que sin saber ruso?, sin saber, a lo sumo, más que el español de los libros de avulgamiento sociológico y habiendo traído de allí unas estadísticas, las que le dieron, que puede uno procurarse sin salir de España, viene dogmatizando y queriendo enterrar a un Cristo que no conoce mejor que a Rusia, es decir, que no conoce. Hay algo que nos causa pavor y es la actitud sociológica –llamémosla así– de esos pobres ateólogos para quienes no parecen existir ni el momento que pasa ni la flor que se aja después de haber perfumado la brisa, de esos de la novela roja y la música roja y la pintura roja y no sabemos si el paisaje y el celaje rojos, de esos que al ir a ver un drama, v. gr. preguntan si es de tendencia roja, de esos que parecen creer que tratar de consolarle al hombre de haber nacido es hacer traición a la humanidad. ¡Pobre gente!». Sin embargo, el filósofo vasco no sólo acusaba a la izquierda de la extensión del dogma ateo: «La culpa de esto la tienen los que hicieron de Dios un principio de autoridad y no un fin de libertad, los que inventaron la policía de ultratumba y que fueron los verdaderos inventores del materialismo histórico. Porque el materialismo histórico es invención conservadora».

El 6 de agosto de 1922, Ramiro de Maeztu denunciaba desde las páginas de *El Sol* las relaciones que Abd el-Krim había establecido con Moscú. El líder rifeño había solicitado apoyo financiero para su república libre. Las razones de Maeztu no eran una paranoia de extrema derecha. En 1926, Julio Álvarez del Vayo

dio fe de un viaje que hizo el caudillo rifeño a Moscú para conseguir apoyo exterior para su lucha: «Moscú es la Meca del mundo mahometano. Esta frase, publicada en no recuerdo cuál folleto bolchevique, resume los propósitos que inspiran la política exterior rusa en lo que afecta al Oriente. Cualquier visitante extranjero puede observar por sí mismo los resultados prácticos por sólo asomarse a las calles de Moscú. Kulis, indios, bereberes, negros de las latitudes más diversas, malayos: una peregrinación interminable de razas de color que aumentan con su presencia la riqueza cromática de esta ciudad fantástica» (1926: 195). Este Babel asiático y oriental fue celebrado también por Valls i Taberner. Pero lo más curioso está por llegar: «En este coro de voces que solicitan de Moscú protección y ayuda, a cambio de una adhesión a sus principios políticos, no podía faltar la voz de Abd el-Krim. Según averigüé de fuente absolutamente oficial, el Comisariado de Negocios Extranjeros había recibido varias insinuaciones de la zona rifeña que reflejaban el serio propósito por parte de Abd el-Krim de crear en el Rif una especie de república agraria más o menos ajustada al patrón bolchevique. [...] Lo que aquí contamos sobre Abd el-Krim ocurría en el verano de 1924. Ignoro si entretanto han cambiado en Moscú de opinión. Teóricamente la Tercera Internacional continúa fiel a su antiguo programa de favorecer por todos los medios a su alcance el proceso de emancipación de las razas sometidas» (1926: 197).

El delegado de la Komintern para España, Jacques Doriot, obrero metalúrgico, había urgido al minúsculo PCE para que organizara una movilización cívica contra la guerra en Marruecos (Esculies y Ucelay-Da Cal, 2015: 104). No otra cosa que apoyo financiero es lo que fue a buscar Francesc Macià a Moscú en ese mismo año, seguramente animado por el mismo programa de política exterior. No está de más recordar que Álvarez del Vayo sostuvo una entrevista personal con el ministro de Exteriores Chicherin. Lo que parece fuera de duda es que, con el paréntesis de la Gran Guerra Patria, la postura soviética durante la descolonización ya tenía precedentes en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial.